

# Espérame en la última página

Sofía Rhei



**¿Tiene la literatura la capacidad de curar?** Esta novela nos muestra que estar con la persona inadecuada puede convertirnos en inadecuados y que la vida siempre nos presenta una segunda oportunidad, solo hay que encontrar el libro apropiado.

### **Este podría ser el tuyo.**

Hay novelas que sirven de **bálsamo** y otras que provocan **catarsis**, títulos que proporcionan **alegría** y otros que ayudan a procesar la **tristeza**.

Dentro de los libros habitan claves que pueden dar sentido al **pasado** o iluminar el camino al **futuro**.

Todos nos hemos enamorado alguna vez de la persona equivocada. Silvia también.

Ella descubrió que, a veces, un libro puede ser la mejor medicina.

Silvia está a punto de cumplir cuarenta años y vive en París. Es la amante de Alain, un hombre casado que cada noche le cuenta la misma historia para retenerla; ella, a pesar de saber que ese cuento no es cierto, cae una y otra vez en la tentación de creerle.

Su mejor amiga la convence para que visite a un entusiasta y enigmático consejero capaz de curar a través de la literatura. Gracias a autores como Oscar Wilde, Italo Calvino, Gustave Flaubert, Terry Pratchett o Mary Shelley, Silvia aprenderá valiosas lecciones, que de poco servirán cuando Alain reaparezca y disuelva lo que ella había construido: «Me equivoqué. Te necesito, no sabes cuánto». Y ella volverá a caer en sus redes como una polilla en una lámpara de *camping*.

Gracias al poder de las historias, Silvia se enfrentará a las páginas oscuras de su propia vida, a todas esas zonas borrosas de sí misma. Pero en ese camino de baldosas multicolores también aparecerán obstáculos...

Debo esta novela al corazón de oro  
de Elena Martínez Blanco.  
También a Alain.  
No eres tan malo como el del libro,  
pero te quise igual que si lo fueras

**1**

*J'attendrai...*  
LUCIENNE DELYLE

Hay muchas maneras de que te toque la lotería. Una de las mejores es estar enamorada y ser correspondida.

Silvia pasaba la aspiradora y el plumero al mismo tiempo mientras iba planeando la siguiente tarea de la lista. El objetivo era dejar su pequeño apartamento tan limpio y acogedor, tan irresistiblemente cómodo y hogareño, que todo aquel que lo pisara no tuviera más remedio que quedarse. Tenía que convertir aquellos cincuenta metros en la trampa perfecta.

Echó un vistazo a su alrededor, orgullosa. Cuando compró aquella pequeña buhardilla, unos años antes, sabía que podría convertirla en un lugar maravilloso, pero había costado bastante tiempo y dinero en reformas y muebles a medida dejarla tal como ella había soñado. Las paredes estaban pintadas en un suave tono verde, y las superficies a la vista, armarios, puertas, y la mesa, eran de madera pulida, encerada en un tono hueso pero dejando las vetas visibles. El espacio estaba presidido por un enorme espejo que parecía multiplicar el tamaño del saloncito. Silvia se contempló a sí misma con un pañuelo atado a la cabeza para no ensuciarse el pelo, y se sorprendió de lo cansada que parecía. Sonrió para verse más guapa.

Se sobresaltó cuando sonó el teléfono. Era Isabel, su mejor amiga. Eran inseparables desde los siete años, y se habían unido más aún desde que ambas vivían en París.

Además de verse con frecuencia, se llamaban casi todos los días.

—Oye, no puedo hablar ahora —le dijo—. Me pillas con lío. Es que... hoy va a venir Alain. Se va a quedar a vivir aquí.

Su amiga hizo un silencio en el que no faltaba cierta sensación de reproche.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —le preguntó Isabel.

—Sí —respondió Silvia tras un breve titubeo—. Es lo que siempre he querido.

—¿No te había dicho otras veces que iba a dejar a la italiana?

Silvia hizo una pausa de unos segundos.

—Sí, es verdad. Pero esta vez no hay vuelta atrás, me lo ha prometido. Dice que está harto de los cambios de humor de Giulia, y de sus celos. Según él, es como una adolescente que nunca ha salido de la edad del pavo.

—Eso no le ha impedido estar un montón de años con ella. A lo mejor estaba esperando que madurase —comentó Isabel, sardónica.

Silvia ignoró el chiste.

—Bueno, ya sabes cómo son los clichés acerca de las italianas del sur, todo eso de que son temperamentales y posesivas, y en este caso parece que se cumplen al pie de la letra. A su lado, yo soy la definición misma del equilibrio y el sentido común. O eso es lo que dice Alain cada vez que surge el tema.

Su amiga suspiró, y le hizo prometer que la llamaría pronto. Silvia volvió a la aspiradora con energías renovadas. Se sentía mejor por habérselo contado a Isabel.

No tenía mucho tiempo. Iba con retraso porque su jefe había esperado a última hora para encargarle ciertas tareas urgentes. Ya eran las siete de la tarde, y Alain podría llegar en cualquier momento a partir de las nueve. Antes de esa hora, tanto su casa como ella tenían que ser la viva

imagen del bienestar, de la alegría, de lo sano, de lo correcto.

Mientras vaciaba medio armario y colocaba su ropa de verano en cajas para subir al trastero, pensaba en lo curioso que era el mundo. Llevaba tres años manteniendo una relación con un hombre casado, y sin embargo tenía la sensación de que ella era la verdadera mujer de Alain. Al menos, la que era más lógico y razonable que lo fuera.

Silvia no conocía a Giulia pero, por lo que él le había contado, tenía muy mal genio, era propensa a sufrir bruscos cambios de humor y, además, terriblemente celosa; poseía el carácter de una adolescente que nunca hubiera madurado. Según él, recordó Silvia mientras frotaba con ímpetu las baldosas del cuarto de baño, ella le aportaba la serenidad y la paz de espíritu que tanto necesitaba, y que tan difícil era de encontrar con la impredecible Giulia. La esposa se comportaba como una amante, arrastrándolo de bar en bar hasta altas horas de la noche en busca de una pasión y una espontaneidad perdidas hacía tiempo, mientras que la amante hacía de psicóloga, le proporcionaba noches apacibles y cenas caseras, y veía con él las series de ciencia ficción en la tele. El mundo al revés.

En realidad, era posible que no existiera un «mundo al derecho». La situación de Silvia y Alain sin duda escapaba a los estereotipos, pero quizá no fuera tan inusual o tan infrecuente como pudiera parecer. Uno siempre busca lo contrario de lo que tiene, y si aquello que tiene es tormentoso y pasional, es lógico que se refugie en la calma hogareña de una mujer completamente distinta.

Aquel era el día en que esa situación, por fin, daría la vuelta, recuperando el sentido del que llevaba tanto tiempo careciendo. Alain le había prometido que dejaría a Giulia y se iría a vivir con ella. Aseguraba estar harto de los gritos, de su carácter impredecible, de las noches sin dormir por culpa de peleas pasionales. Tenía planeado exactamente todo lo que iba a decirle a su mujer. La esperaba

con la maleta hecha, le dejaría las cosas claras y no permitiría que ella montara uno de sus dramas.

Después llegaría a casa de Silvia y, por fin, podrían vivir su amor sin culpabilidad, sin el estrés y la amargura del tiempo limitado, sin saltar de la cama cada vez que sonara el móvil. Podrían pasar mañanas enteras acariciándose y besándose sin que existiera una tercera presencia de miedo y de alerta contaminando su amor.

Pasó el plumero, con respeto y gratitud, por las estanterías llenas de libros que cubrían el pasillo y la mitad del salón, de aquellos cálidos compañeros que tantas veces mitigaban su soledad y le devolvían el ánimo. No sabía si Alain querría traerse sus propios libros, pero si lo hacía tendría que buscarles otro sitio. No pensaba desalojar de la estantería del salón ni uno solo de sus volúmenes.

Terminó de arreglar la casa a las ocho y media y entró en la ducha llevando el móvil consigo. Aunque le había dado a Alain unas llaves del piso, con un llavero con forma de delfín (era su animal preferido; estaba convencido de que los delfines eran más inteligentes que los humanos), no quería que la llamara y ella lo dejase sin respuesta. Aquel día, más que ningún otro, era importante no fallarle en nada, que sintiera que el salto mortal que iba a dar merecía la pena, que ella era digna de confianza y que siempre lo trataría con el cariño que tanto le había faltado en su anterior relación.

Cuando acabó de ducharse, se dio los últimos retoques con las pinzas y se maquilló con rapidez, con esa destreza que solo proporciona la práctica. Se miró al espejo y no tuvo más remedio que admitir que estaba radiante. Hacía mucho tiempo que no recordaba verse tan hermosa. Miró el teléfono: eran exactamente las nueve. Había cumplido con las tareas necesarias a la perfección, y en el tiempo justo. Una muestra más de su eficiencia, cualidad de la que se enorgullecía y que hacía que se sintiera aún más deseable, más apropiada, más digna de ser amada.



Se puso los tacones que más le gustaban a su amante, quien a partir de aquel día sería su pareja. Por supuesto, lo habitual era que él se abalanzara sobre ella nada más traspasar la puerta y que no se acordaran de comer hasta después de un par de asaltos, pero prefería tener preparado algo saludable y no tener que pedir, como él sugería de vez en cuando, una *pizza* a domicilio. Sin embargo, aquella era una ocasión especial: había comprado volovanes de salmón marinado y, de postre, fresas caramelizadas al licor. Con un menú como ese y una botella como la que se estaba enfriando en la nevera, nada podría salir mal.

Eran las once menos cuarto cuando Silvia empezó a reconocer que estaba nerviosa. Le resultaba extraño que Alain no hubiera llamado o escrito un mensaje para decir que estaba en camino. Encendió el televisor para hacer pasar el tiempo más deprisa.

—«No permitiré que te alejes. Ya te perdí una vez, y viví los peores momentos de mi vida. No puedo dejar que eso suceda de nuevo».

—«Las cosas no son tan sencillas, Brad. El mundo no tiene por qué plegarse a tus deseos».

—«¡No puedes casarte con alguien a quien no amas!».

—«Las palabras no significan nada. Ni siquiera las bodas significan gran cosa. No deberías ponerte tan dramático...».

Aburrida, fue cambiando de canal. Pero se encontró con escenas parecidas. El amor solo merecía la pena ser contado cuando era problemático, tormentoso, imposible. A nadie le interesaba la felicidad, lo que salía bien, lo que tenía un futuro. Ella sonrió, pensando que eso era exactamente lo que le esperaba con Alain: la monótona, y nada interesante, felicidad de pareja. Se recreó en esa sensación mientras veía un documental sobre los peces fosforescentes de las profundidades abisales tratando de no preocuparse por lo tarde que se estaba haciendo.

Tal vez zanjar la relación no le había resultado tan sencillo como él planeaba. A lo mejor necesitaba más tiempo para hacérselo entender a Giulia. Todo parecía indicar que una mujer con un carácter tan fuerte no se resignaría a aceptar una noticia como aquella y que buscaría el conflicto, le montaría una escena o trataría de manipularlo para que no se fuera en aquel momento sino al día siguiente. Cualquier cosa con tal de ganar tiempo y poner a su favor la partida del chantaje emocional.

Sintió la tentación de llamar o escribirle, pero pensó que era más prudente no hacerlo. No sabía en qué situación podía encontrarse. Quizá un simple mensaje pudiera ser el detonante de una nueva discusión por celos que retrasara aún más su salida de la casa.

No le gustaba recurrir a los tranquilizantes, pero el corazón le latía sin control. Abrió una cápsula y dejó caer el polvo blanco debajo de su lengua, como le había recomendado su médico si quería que hiciera efecto rápidamente.

A las once y media se volvió a duchar y se maquilló otra vez, repitiendo cada uno de los gestos como si se tratara de mantras. Pensó que sería sensato cenar un poco de ensalada, o al menos un yogur, pero en aquel momento nada le resultaba apetecible.

A las doce se obligó a sentarse frente al televisor de nuevo y puso una de sus películas favoritas, uno de esos clásicos que siempre lograban levantarle el ánimo. Sin embargo, aquella vez no funcionó. Cada vez que los protagonistas se besaban, ella imaginaba los labios de Alain sobre la boca de Giulia, de esa mujer sin rostro pero seguramente mucho más hermosa y atractiva que ella.

Los celos le ciñeron el cuerpo entero como un puño gigantesco. Se quedó sin aire. Muy pocas veces antes había sentido aquello en las entrañas, ya que Alain le había asegurado que hacía años que apenas tenía contacto sexual con su esposa. Ese fue uno de los motivos principales de

que hubiera tenido una aventura con ella, sin ninguna intención de que aquello se convirtiera en algo más duradero.

Silvia no supo que él estaba casado hasta que ya se habían acostado varias veces. En un principio no creyó que fuera grave, ya que estaba convencida de que aquella historia estaba destinada a proporcionarle poco más que unas cuantas noches de pasión. Sin embargo, fueron descubriendo que tenían muchas más cosas en común de lo que parecía. A los dos les encantaban las novelas de todo tipo y hablar sobre ellas después de leerlas, los días de lluvia, reírse a carcajadas con la menor excusa y los documentales de fauna salvaje en plena naturaleza. Ninguno soportaba pasar el rato en locales llenos de humo y de ruido, y preferían estar en casa, desnudos debajo del edredón, con una buena conversación y una buena ginebra.

El simple recuerdo de todos aquellos momentos compartidos hizo que se calmara y sonriera de oreja a oreja. Tenía que confiar en él. Alain le había prometido que dejaría a Giulia y se iría a vivir con ella, y esa promesa era lo único que importaba. Se echó encima una manta, se recostó en el sofá y llenó de aire los pulmones tratando de tranquilizarse. Alain llevaba mucho tiempo en crisis, agobiado por la culpabilidad y por no ser capaz de poner fin a la problemática relación con su mujer. Conocerla a ella le había servido para centrarse, para tener más confianza en sí mismo, para conseguir un ascenso en su trabajo, para recuperar la ilusión y las ganas de vivir. Se lo había dicho muchas veces.

Por un instante sintió la tentación de llamar a Isabel, de pedirle ayuda una vez más. Era tan fácil recurrir a ella en los malos momentos... No importaba cuántos problemas tuviera, no importaba si la culpa era de ella misma. Isabel no le recriminaba sus malas decisiones, no le reprochaba que desapareciera cuando estaba mal, no estaba esperando la menor ocasión para repetir «te lo dije». Si Silvia tu-

viera una amiga que le contara la mitad de las historias desastrosas que salían de su boca, la mandaría a paseo, pero Isabel le había mostrado una paciencia y un cariño incondicionales. Sin embargo, no eran horas de llamar. Isabel tenía que educar a una niña ella sola y necesitaba descansar.

Trató de imaginar cómo la vería su amiga... Siempre tan desesperada y dependiente, como si Alain fuera lo mismo que el oxígeno. Era una suerte que Isabel la conociera desde hacía tanto y que supiera que no siempre se había comportado de ese modo con los hombres.

No estaba orgullosa de su dependencia y sumisión hacia Alain, y muchas veces había pensado que no deseaba ser esa mujer. Su propio comportamiento llegaba a causarle repugnancia, y la imposibilidad de cambiarlo le producía una agotadora sensación de impotencia. Se preguntaba por qué le habría entregado tanto poder sobre sí misma a un hombre que, evidentemente, no lo merecía. Quizá fuera por no haber tenido hijos, por sentir una fuerte carencia de familia y pensar que la soledad no haría sino aumentar a medida que se fuera haciendo mayor. En cierto modo, quería volcar en él todo ese amor y las ganas de cuidar a los niños que nunca tendría.

Por otra parte, había algo que no tenía nada de maternal... Aunque no sabía cuánto de cierto, de científico, podía haber en ello, el vínculo químico y físico que compartía con Alain, la sedación que le producía su olor, el trance casi hipnótico en el que entraba cuando se besaban, la persona nueva que había descubierto ser en la cama solo para él, tan liberada y diferente de lo que había sido con cualquier otro amante... La idea de que lo que había entre ellos obedecía a las leyes más atávicas de la naturaleza la obsesionaba en cierto modo. A veces pensaba que si no podía evitar volver a Alain una y otra vez quizá fuera por un motivo biológico, por una autoridad más antigua y universal que la lógica o el orgullo.

Respiró hondo, cerró los ojos, sonrió. Esperó a que la pastilla la adormeciera lentamente, como si la acariciara por dentro. Había leído en alguna parte que obligarse a curvar los extremos de la boca liberaba tantas endorfinas en la sangre como una sonrisa espontánea. Silvia se deslizó hacia el sueño luciendo en los labios la tensa sonrisa de la voluntad.

## 2

*Johnny, tu n'és pas un ange...*

ÉDITH PIAF

Oyó un ruido. Algo hizo que se despertara. Sobresaltada, fue hacia la entrada y abrió, pero allí no había nadie. Cerró la puerta y corrió hacia el móvil. Eran las dos de la madrugada. Ninguna llamada perdida, ningún mensaje. Suspiró, preocupada. Quizá había llegado el momento de atreverse a preguntarle qué estaba sucediendo. ¿Y si había tenido lugar algún imprevisto, algún accidente? ¿Y si Giulia había cogido una cuchilla o un frasco de pastillas amagando un suicidio para retenerle?

Pero lo más sensato era mantener la calma. Por mucho que le royera las entrañas, tenía que comportarse como si aquella fuera una noche más, una de las muchas en que Alain había cancelado una cita y ella había tenido que mostrarse dulce y comprensiva.

Fue al botiquín y sacó de nuevo la caja de tranquilizantes. Necesitaba un poco de ayuda para que su corazón y sus tripas dejaran de temblar. Dejó caer el polvo blanco bajo la lengua y se miró al espejo mientras sentía cómo se deshacía en su boca. Después de tomarla tantas veces, aquella sustancia ya le sabía a relajación. El espejo le mostró a una mujer firme, con una mirada de determinación. Una mujer hecha a sí misma. Observó en la imagen todos los signos de las batallas que había vencido, los esfuerzos que había hecho para domeñar su piel, su postura, sus cejas. Lo mucho que le había costado empezar una nueva vida en un país diferente, dejando atrás a su familia, sus

amigos y el entorno de protección y seguridad en el que siempre había confiado.

Se peinó varias veces, ya que se le había desordenado la melena, y dejó que esta cayera a ambos lados enmarcándole el rostro. Nunca había sido tan atractiva como en aquel momento, como no dejaban de repetirle quienes la conocían. El amor hacia Alain había hecho que adelgazara, y por primera vez en su vida había aceptado la humillante disciplina de un gimnasio. También había aprendido a vestirse según el gusto de él, aunque personalmente le pareciera algo vulgar. Pero ver cómo se le encendía la mirada cada vez que la veía aparecer con esos tacones, con esos vestidos ceñidos, con esos escotes que nunca en su vida se le habría ocurrido ponerse sin sentirse ridícula, hacía que todo mereciera la pena.

Una oleada de inseguridad se cernió sobre ella. Quizá había cambiado demasiado a causa de él. Quizá había permitido que aquel hombre la modelara a su antojo. A veces tenía la sensación de que algo de ella misma se había perdido por el camino. Un remolino de ansiedad y rebeldía le creció por dentro del esternón.

Se miró fijamente en el espejo y se sintió espléndida. No era el momento de dejarse llevar por el miedo o el rencor. Tenía que convertirse en dueña de sí misma y de la situación. Ella, Silvia, la mujer que la miraba desde el espejo, era la serena; Giulia, la histérica. No podía permitirse perder el control precisamente aquel día, en aquel momento clave. Estaba más cerca que nunca de conseguir tener algo real con Alain, de poder construir un vínculo verdadero y adulto con él.

El móvil vibró en el salón. Silvia corrió a buscarlo tan precipitadamente que estuvo a punto de tropezar con los tacones. Con el corazón desbocado, lo cogió y se equivocó de tecla varias veces, por pura ansiedad, al abrir el mensaje.